

CIG.—Siempre no, señor; que a las veces tiran piedras y aunque no acierten a dar le cortan a una las risas en metá de la garganta.

D. INO.—Pues de reidora llevas la palma.

CIG.—Y no mienten con ello, que mi genio se va por el lao de la alegría. Aunque pase muchos trabajos, muy trabajaos, y aunque vengan muchas nubes negras, como haiga un raito de sol, un raito na más, ya estoy yo con la risa en la boca.

D. INO.—Eso es bueno, y de sol en Castilla no te quejarás.

CIG.—Pues velay lo que son las cosas, las malas cosas de la vía perra. Muchos días paece que no alumbra.

GAB.—Días de penas y de contrariedades.

CIG.—Esos días son. Cuidao que yo le doy manotazos a los disgustos pa que se larguen y me dejen, pero a las veces pueen más que una y me ganan y me toman.

D. INO.—Hay que defenderse, Cigarra.

CIG.—Ya lo hago, ya. En cuanto que asoma una pena, ya le estoy diciendo: ¡Vete de ahí, pena, que no te quiero! Vuelve de nuevo, y de nuevo la rempujo pa fuera... y en ese porfiar nos pasamos las horas. Al fin se convence de que no le valen las mañas conmigo frente a frente y busca

el ganarme por la espalda. Me revuelvo y otra vez peleamos, hasta que llega un momento en que me canso, y entonces, dándome por vencía abro de par en par el corazón y digo: ¡Bueno, pena, anda pa dentro!...

GAB.—Mala cosa haces...

CIG.—Y lo más peor es que me deben cobrar querencia... y ya no quieren salir en mucho tiempo.

D. INO.—¿No podríamos aliviarte alguna, mujer?

CIG.—Esa esperanza me trujo, don Inocencio.

D. INO.—Veamos lo que te pasa. ¿Cómo sigue la madre?

CIG.—Ni mejor ni peor. En cama hace dos años, baldada y sin moverse y penando. Vaiga usted diciendo ahora si eso es tener madre...

D. INO.—Un poco de paciencia...

CIG.—En buscarla andamos, sí, señor.

GAB.—¿Tienes novio?

CIG.—¿Novio? En el servicio del Rey. Como lo mandaron muy lejos, no lo veo; como no sabe de letras, no viene enjamás una noticia suya. Con que ya lo sabe usté; novio tengo, pero vaiga usted diciendo si eso es tener novio.

D. AND.—Ya os desquitaréis en cuanto vuelva.

CIG.—Ley será, don Andrés...

D. INO.—Y entonces, ¿por qué son tus due-
los de hoy?

CIG.—Verá usted el entonces, señor amo. Pa-
ganar no hay en casa más que éste y yo; pero
ocho reales míos y seis del zagal se amontonan
y hacen un buen avío. Pero si el Tolo ha de ir a
ganárselos fuera de aquí es como si no tuviéramos
al hermano pa nosotros.

TOLO.—Y a mí ma despedido el administraor.

CIG.—Don Juan.

TOLO.—El administraor.

CIG.—Es lo mismo.

TOLO.—¡No es lo mismol

D. INO.—Si, hombre.

(Riendo.)

TOLO.—¡Que no, señor! Usted es don Inocen-
cio, usted es don Andrés y usted es don Ga-
briel; pero el administraor no es más que el ad-
ministraor.

D. AND.—Algún nombre tendrá.

TOLO.—¡Nenguno!

CIG.—¡No seas tozudo!

TOLO.—Tozudo soy y a mucha honra. El que
no tiene alma no es persona y no necesita nom-

bre de persona, y muchísimo favor le presto lla-
mándole por el oficio.

CIG.—Cállate.

TOLO.—Me callo; pero no preguntes na, por-
que en lo de administraor me vuelvo a plantar.

D. INO.—¿Por qué lo ha despedido?

CIG.—Porque no ha llevado una carta.

TOLO.—Pero la carta llegó, que fué otro con
ella, y la respuesta llegó... pero se ha emperao
en que la carta no debió tener más pies que los
míos.

D. INO.—¿Sólo por eso?

CIG.—¡Sólo por eso, don Inocencio de mi
almal

D. INO.—¿Y qué pides tú? ¿Que perdonen a
tu hermano y que le admitan de nuevo?

CIG.—¡Si pudiera ser buenamente, don Ino-
cencio de mi vial...

D. INO.—Si puede ser, y yo lo arreglaré.

CIG.—(Se echa a reir.)

TOLO.—(Indignado.)—Muchismas... ¡Da las
gracias, bural

D. INO.—Riendo las daba.

CIG.—De ese modo era, señor amo. Vi el
raíto de sol otra vez..., y a escapè salió del es-
condrijo la cigarra.

D. INO.—Bien hiciste. Para alegraros he perdonado, y no para que siguiera la congoja vuestra.

CIG.—Entonces, ¿pueo reir sin ofender a naide?

D. INO.—Cuanto quieras.

CIG.—(Rie.)—Pues muchismas gracias.

TOLO.—Yo también doy las muchismas a don Inocencio y a don Gabriel, el bienvenio, y a don Andrés.

D. AND.—Y a Juan.

TOLO.—Bueno... y a don... el administraor.

CIG.—Dios se lo pague a toos y se lo aumente en querencias.

D. INO.—Salud, salud.

CIG.—(Marchando.)—Pa lo que ustés manden. Y como güelvas tú a...

TOLO.—¡No te enfaes ahora!

CIG.—¿Enfaarme?

(Y rie. Y, riendo, mutis los dos por foro.)

ESCENA VIII

DON INOCENCIO y GABRIEL

D. INO.—¿En dónde están esas muchachas?
Que vengan, que vengan.

D. AND.—Van muy contentos la Cigarra y el Tolo.

(Mutis don Andrés por izquierda.)

D. INO.—¡Con qué poco se hace el bien!..

GAB.—¡Y con qué poco se hace el mal!..

D. INO.—Cierto. Y lo más desconsolador es que no sepamos nosotros mismos cuándo hacemos bien y cuándo hacemos daño. Contigo me pareció que procedía bien, negándote lo que me pedías para marchar... e hice mal. Perdóname...

GAB.—¡No, abuelo! Por tu alma te suplico que no lo vuelvas a decir, y déjame que sea yo siempre el que te pida perdón a tii

D. INO.—Ni uno ni otro, que eso ya se acabó. Pero es indudable que las cosas del mundo están muy medianamente organizadas. Debía haber una intuición, una voz misteriosa que nos indicara cuál es lo bueno y cuál es lo malo. Mira: el amor más grande y más noble que hay en la Tierra es el amor de la madre... y los únicos que no lo saben son los hijos. Ya ves que eso no está bien.

GAB.—No lo está, no.

D. INO.—Pero no hablemos serios, ¡caramba! Yo no sé qué me pasa hoy, que llevo siempre

las conversaciones a temas muy intrincados, como si aquella intuición, aquella voz misteriosa que antes echaba de menos para guiarnos, ahora me dijera: «No te alegres, abuelo, que la ausencia de Gabriel aún no terminó, y pareciéndote que está muy cerca, está muy lejos todavía...

GAB.—Lo que yo te juro es que dependerá de tí, no de mí.

D. INO.—Pues entonces, no hay peligro jamás de que nos separemos.

ESCENA IX

DICHOS: MARIA CRUZ, CARMEN y DON ANDRÉS,
por izquierda.

D. AND.—Aquí están las chicas.

D. INO.—Venid acá. Y ahora tú, Gabriel, delante de testigos, para que hagan fe si reniegas algún día, responde: ¿Cuándo afianzarás en esta tierra del único modo que realmente aprisiona a los hombres, que es echándose al cuello lazos de mujer?

GAB.—Muy pronto quizás.

D. INO.—Eso no basta. Fecha, fecha, que a mí me corre mucha prisa el veros emparejados, y me parece una solemnísima bobada el que lo aplaces sabiendo le que van a responderte.

GAB.—Aun sabiéndolo, que sin ello enmudecería, lo dilataré forzosamente.

D. INO.—¿Es desconfianza?

GAB.—Ya dije que no.

CAR.—¿Es capricho?

GAB.—Menos aún.

D. AND.—(Aparte a Gabriel).—¿Será miedo?

GAB.—Tal vez.

D. AND.—¿De algo que no es de ella ni de tí?

GAB.—Tal vez.

D. AND.—¿Por Juan?

GAB.—Tal vez.

D. INO.—No seáis bobos, muchachos, que la vida es muy breve. ¡A la pajarera pronto, a la pajarera!

M. CRUZ.—Abuelo...

CAR.—No la sofoques más...

D. INO.—Y tú también Carmen, a la pajarera.

D. AND.—Ya me mandó a mí a comprar alpiste.

D. INO.—Y lo mismo digo para usted, señor don Andrés, que es una mala vergüenza estar soltero a sus años.

D. AND.—¡Yo, no! De ninguna manera renuncio a la única prueba de buen sentido que he dado en mi vida.

ESCENA X

DICHOS: JUAN, por izquierda

JUAN.—Abuelo, me dicen que perdonaste al Tolo?

D. INO.—Mira quien está aquí. ¡Gabriel! ¿No os abrazáis?

JUAN.—Ya nos hemos visto.

D. INO.—Bueno, entonces. Lo de Bartolo es verdad. Estuvo la Cigarra a suplicarme.

JUAN.—Perdonado queda, puesto que tú lo has decidido... pero has hecho mal.

D. INO.—No se trataba de ningún crimen.

JUAN.—Así es como llegan a cometerlos. Ven que no se castiga por lo pequeño e insensiblemente se atreven con lo grande.

M. CRUZ.—Tolo ya pidió perdón.

JUAN.—El perdón es casi tanta culpa como la culpa misma, puesto que anima a cometer otras fiándose en que también las disculparán.

D. INO.—Eres muy severo, hijo... Aunque te abona el que eres muy joven.

JUAN.—No lo soy tanto como tú dices; pero he de pensar igual cuando me caiga de viejo.

D. INO.—Lo dudo. Yo también fui muy rígido con las faltas ajenas, y sin embargo, ahora que miro la vida desde la cumbre de mis años y muy próximo a descifrar el gran problema de la muerte, me parece todo lo demás tan insignificante, que ya creo que la culpa mayor es no saber perdonar ninguna culpa.

JUAN.—¡Eso sería conceder carta blanca para todas las bribonadas!

C. INO.—No, hijo, no. Bien está que se censuren y se repriman fuertemente las faltas en el momento de cometerlas; pero guardar un odio eterno y aborrecer a perpetuidad, no está bien Juan, no está bien, sobre todo cuando sabemos que la mayoría de los delitos apenas si son faltas leves mirándolas desde un poco lejos y con un poco de serenidad. La distancia empequeñece todos los objetos.

JUAN.—Eso es en lo material.

D. INO.—Y en lo moral lo mismo. La falta cometida hoy nos subleva; la de ayer, la discutimos; la de hace años no se recuerda siquiera.

D. AND.—El abuelo piensa como tú, Gabriel.

GAB.—El abuelo es un santo.

JUAN.—En él es su indulgencia equivocada la que le lleva a estimar como muy poco lo que en

realidad es muchísimo. En el abuelo es eso; en otros quizá no sea indulgencia, sino egoísmo.

GAB.—No, Juan, no. Y regocijémonos todos de que el abuelo no se equivoque con su indulgencia, que en eso, precisamente en eso, en que consideren como muy poco lo que a nosotros nos pareció mucho, y en que disminuyan la importancia de nuestras malas acciones, nos va la salvación y nos jugamos la eternidad.

JUAN.—De ese modo no habría diferencia entre malos y buenos.

GAB.—¿Buenos? ¿Malos? En el criterio del mundo ya sé cuáles son unos y otros...

JUAN.—Lo mismo que allá arriba.

GAB.—Puede ser... y puede que no sea. Oye un cuento, Juan, y cuando lo termine saca tú la consecuencia... de que has oído un cuento nada más. Murióse un hombre que había sido el más justo, el más íntegro y el más honrado de los hombres. Anduvo su alma, durante siglos y siglos, por los círculos superiores que rodean a los cielos hasta el momento en que se aproximaba la hora de la destrucción de la tierra. Entonces se le acercó un ángel, diciéndole: Va a desaparecer la vida del mundo que tú has habitado, pero las especies que lo merezcan no serán ex-

terminadas, sino que irán a poblar otros planetas. Y para el juicio definitivo de esos seres inferiores, Dios ha designado a las almas de los hombres más justos. Una, juzgará si ha de haber leones; otra, si habrá palomas, etc... y a tí te manda que juzgues a las hormigas. Su fallo será inapelable: si perdonas, si crees que debe vivir, la especie vivirá en otro mundo; si condenas, la especie será aniquilada por tu mandato.

D. INO.—Grave misión le confiaron...

CAR.—¿Juzgar hormigas? ¡Vaya una cosa!

M. CRUZ.—Déjalo seguir.

GAB.—Apenas mostrara el Alma su acatamiento a las órdenes recibidas cuando a millares de millones se presentaron los puntitos blancos y negros y rojos en interminables hileras. «Que se aproximen las más culpables»—mandó el Alma.—Y unas cuantas hormigas se destacaron presurosas. «Acúsome—dijo una—de que jamás tuve reparo en quitarle a mis compañeras las briznas de paja que traían»...—¿Ese es tu gran pecado?—Ese es....—Y el Alma, pensando en que las briznas de paja se abandonan y el aire se las lleva, se echó a reír de aquel gran pecado.—A ver tú, hormiguita roja.—Yo en un solo verano, robé once granos de trigo.—¿Once gra-

nos de trigo?... ¡Buena cosecha! Y de nuevo rióse de aquella insignificancia. — Yo, señor—dijo una hormiga blanca,—fui tan perversa que no respeté nunca a las otras hormigas, y a todas las cortejaba—El Alma reía a más no poder reír... ¡Amores de hormiga! ¡Celos de hormiga, traiciones de hormiga!... ¿Qué será eso, ni qué cuenta eso en la vida del mundo?... A ver otra, a ver otra.—¡Yo soy la más culpable, más criminal que yo no habrá ninguna! ¿Qué hiciste tú?—Una vez, porque una hormiga me estorbaba en mi camino, me dejé llevar del odio y la maté.—¿Has matado una hormiga?...—¡Perdón, señor!—Y acordándose el Alma de las infinitas hormigas que en su vida de hombre había pisado y aplastado, sin saber siquiera que las aplastaba, desternillábase de risa y asombrándose de que aquello pudiera considerarse como un pecado... Y dirigiéndose al ángel, le dijo: Que vivan y que pueblen otros mundos. Lo suyo no es nada a los ojos de un hombre. ¡Que vivan, que vivan!

M. CRUZ.—¡Hizo muy bien!

D. INO.—Fué misericordioso; hizo muy bien.

GAB.—Y mientras la infinita procesión de hormigas desfilaba entusiasmada dando vítores a la bondad del hombre, sin acordarse ya de las pi-

sadas crueles de los hombres, el alma del justo no podía con su alma de risa y de alborozo... Y el ángel le dijo: Dios ha dispuesto que tu sentencia sea la ley, y por ella, por tu bondad, las hormigas vivirán siglos de siglos. Y ahora vamos ligeros nosotros, que tu momento ha sonado y a ti van a juzgarte. Pero entonces, al tremendo anuncio, cesó el alma de reír y le entraron sobrenaturales congojas...—Ven, ven...—repetía incesantemente el ángel,—pero el Alma, con el peso del miedo, no caminaba apenas. Y al verla tan mísera, tan acongojada y tan trémula, el ángel le preguntó:—¿Por qué tiembles, Alma? ¿Eres tú más con relación a las hormigas, de lo que es Dios con relación a los hombres?—No, no. El más, imponderablemente más.—Pues entonces, si tú fuiste bondadoso y disculpaste unas flaquezas... ¿por qué temes que la bondad divina sea implacable con vosotros, hombres, que en la inmensidad de la Creación sois menos aún que los puntitos negros y blancos y rojos que tú mismo has perdonado?

M. CRUZ.—¡Dijo muy bien!

CAR.—¡Ya lo creo!

D. AND.—A mí me parece magnífica la teoría.

JUAN.—Pues a mí me parece deplorable para nuestra conducta. No es creíble que Dios nos perdone todo.

GAB.—Que sea o que no sea, yo desdichadamente lo ignoro. ¿Pero que no es creíble? Al contrario. ¿Vas a discutir que la infinita bondad, que la suprema bondad de Dios pueda perdonarnos de todo... y en cambio admites que en ese mismo nombre de Dios te absuelva un hombre de todos tus pecados...? Lógica, Juan, lógica.

D. INO.—Claro que nos ha referido una fantasía, un cuento: pero sino se acerca mucho a la verdad... ¡pobres de nosotros!

M. CRUZ.—¿Qué dice usted, don Andrés?

D. AND.—Yo digo igual que ustedes, que sí, que de esa manera nos irá perfectamente; pero digo también que si merendáramos no nos iría mal por el momento.

D. INO.—Tiene razón.

D. AND.—Y la hora se pasa, mi señor don Inocencio.

D. INO.—Pues andad a disponerlo.

(Mutis por izquierda María Cruz y Carmen.)

D. AND.—¿Tienes costumbre de tomar algo por las tardes?

GAB.—No...

D. INO.—Pues te acostumbraremos, Aquí se madruga y se come temprano. A las doce. Vamos...

(Mutis don Andrés por izquierda.)

JUAN.—Para un día o dos que va a estar en la casa no le será difícil amoldarse.

D. INO.—Ya no se marcha nunca.

JUAN.—Sus negocios le obligan.

D. INO.—¿Tú estás loco, Juan?

JUAN.—Que lo diga él. ¿Te marchas?

GAB.—No.

D. INO.—¿Pero qué habláis, qué discutís vosotros? ¿Cómo se ha de marchar Gabrielillo? Dile que no, díselo.

GAB.—No me marchó, no tengo que ir a ninguna parte, no me llama ningún asunto a ningún lado, y aquí permaneceré.

JUAN.—¿Decididamente, Gabriel?

GAB.—Decididamente, Juan.

D. INO.—¿Pero qué es esto? ¿Qué sonido tan raro tienen vuestras voces?

JUAN.—Abuelo, Gabriel no puede continuar aquí sin que tú le perdones.

D. INO.—Ya le perdoné.

JUAN.—No sabes todavía cuál es su culpa...

D. INO.—Sin saberla, también le perdono. ¿Tú estás muy arrepentido? ¿No es eso, Gabrielillo?

GAB.—Sí, abuelo, sí, con toda mi alma.

D. INO.—Pues te perdono, te perdono. ¡No hablemos más, Juan!

JUAN.—No seré yo quien ponga luego trabas ni dilaciones para reconciliarnos; pero antes mi conciencia me exige que te diga la verdad.

D. INO.—¿A todo trance he de saberla?

JUAN.—Es preciso.

D. INO.—¿Tan grave es?

JUAN.—Tan grave.

D. INO.—¿Y tan forzoso, tan indispensable que yo la conozca?

JUAN.—Tan forzoso.

D. INO.—Habla, pues, Juan...

JUAN.—Cuando Gabriel trataba de marcharse, recordarás que te pedía dos o tres mil duros para los primeros gastos de no sé qué negocio, y que tú se los negaste, desconfiando de que fueran para trabajar verdaderamente.

D. INO.—Ya ves que fuimos injustos con esa desconfianza.

JUAN.—Pero él decidió tomar por su mano lo que le negabas de la tuya.

D. INO.—¡Eso no! ¡Di que no, Gabriel! ¡Di que no, Gabrielillo!

JUAN.—Dirá que sí.

GAB.—Es verdad.

D. INO.—¿Qué has hecho, hijo, qué has hecho? Hay que restituir inmediatamente.

GAB.—Eso ya está. En el Banco, y a su nombre, he consignado el doble del valor de lo usurpado.

D. INO.—No basta eso.

JUAN.—¿Lo ves?

D. INO.—Hay que pedir, además, el perdón a quien perjudicaste.

JUAN.—¿Lo ves? ¿Ves mi razón?

D. INO.—Que ni un día permanezca ese hombre en el concepto dudoso que le mereces.

GAB.—No lo sabe, no lo supo nunca...

D. INO.—¿Que no lo sabe? ¿Y entonces...?

GAB.—Ese hombre tiene una cajita con unos brillantes.

D. INO.—Como yo...

GAB.—Sellada y lacrada.

D. INO.—¡Como yo!

ESCENA XI

DICHOS: CARMEN y MARIA CRUZ por la izquierda.

(Se quedan paradas al oír el giro de la conversación.)

GAB.—¡Como tú, abuelo!

D. INO.—Gabriel, Gabriel...

GAB.—Y amañando otra vez sellos y lacres para que no sospecharas nunca de la sustracción...

D. INO.—(Alegre.)—¿Fué a mí? A mí, ¿verdad? Pero eso no es mío sólo, que es de todos, y tuyo también... ¡También tuyol... Y eso, hoy, ya no es... ya no es... ¡ay!...

(Ahogándose. Se tambalea, y Carmen y María Cruz acuden a sostenerlo.)

M. CRUZ.—¡Abuelo!

D. INO.—¡Malvadol

M. CRUZ.—¡Siéntate, siéntate...

(Lo hace sentar.)

D. INO.—¡Malvado...!

GAB.—Ya estás complacido, y ya ves las consecuencias de tu mal proceder.

JUAN.—Del tuyo.

GAB.—¡Del tuyol

JUAN.—¿Soy yo acaso el culpable?

GAB.—Tú, y nadie más que tú. Yo no le robé nada, que no hubo daño material, y por mí nunca pasó apuros ni privaciones. Yo no le robé nada, que no lo supo, y no sabiéndolo, jamás pasó intranquilidades ni disgustos, y, en cambio, por tí, que se lo dices, sufre y se acongoja. Luego tú eres el culpable y tú eres el malvado.

JUAN.—¡Tú, Gabriell

GAB.—¡Tú, y sólo tú, Juan!

D. INO.—¡Malvado, malvadol...

GAB.—¿Lo oyes?

JUAN.—Si lo oigo; pero es por tí.

GAB.—Pregúntaseio.

JUAN.—¡Ahora mismo!

M. CRUZ.—¡Ven con nosotras, abuelito, ven!

JUAN.—Abuelo... ¿es por Gabriel o por mí?

GAB.—Yo te he robado, y Juan te lo ha dicho. ¿Quién te causó más daño?

D. INO.—¡Malvado, malvadol...

JUAN.—¡Pero dí quien! ¡Di el nombre!

M. CRUZ.—Anda, ven...

JUAN.—Antes, di cuál es. ¡Di cuál!

M. CRUZ.—Déjalo ahora...

CAR.—Déjalo...

JUAN.—Pero ¿cuál, abuelo, cuál? ¡Por amor del cielo, dime cuál!

